



01/El lugar de la Pastoral Hospitalaria en el marco de la pastoral eclesial.

+ Sebastià Taltavull Anglada,
Obispo auxiliar de Barcelona.
Presidente de la Comisión de Pastoral.
Conferencia Episcopal Española.

La presencia de la Iglesia junto a los enfermos, sus familias y las personas que les atienden en los hospitales, profesionales y voluntarios, ha sido siempre una constante de la pastoral de la Iglesia. Más aún, en estos momentos en los que hay un desplazamiento cuantitativo desde la casa al hospital o a las residencias, debido a la nueva configuración de la vida ciudadana, especialmente en las grandes ciudades. En esta aportación se señalan los objetivos propuestos desde la comisión episcopal del Departamento Nacional de Pastoral de la Salud: acercarnos al mundo del hospital para detectar los desafíos y oportunidades que ofrece la acción evangelizadora de la Iglesia; profundizar en los rasgos de presencia y acción evangelizadora en el hospital a la luz del Evangelio, de la tradición viva de la Iglesia y de los signos de los tiempos; descubrir las posibilidades pastorales (sacerdotes, religiosos y seglares) que la Iglesia española de hoy puede ofrecer a los servicios religiosos hospitalarios y construir el futuro de este ámbito de evangelización; revisar, renovar y dar un nuevo impulso a los equipos de servicio religioso hospitalario y a nuevos modos de acción pastoral.

Palabras clave:

Pastoral, Hospital, Jesús, Caridad, Iglesia.

1/

La peregrinación de la misericordia.

1/1.

Solidarios con el enfermo sin juzgarlo

Para empezar, la reflexión que os propongo quiere centrar “el lugar de la pastoral hospitalaria en el marco de la pastoral eclesial” y, más concretamente, en la centralidad de esta pastoral en favor de los enfermos en el conjunto de prioridades que una Iglesia particular, la Diócesis, ha de colocarla.

Para ello, me parece importante partir, primero de las necesidades reales que percibimos en nuestro trato con la gente y el momento eclesial que nos urge a adoptar unas actitudes que definan con claridad cuál es nuestra identidad como agentes de pastoral de la salud.

En nuestra pastoral con los enfermos, tanto en nuestras parroquias como en los hospitales, hay algo que hemos de tener muy claro: el trato de Jesús con los enfermos y su entorno.

De ahí hemos de partir y de ahí no podemos salir. Tal y como aparece en el Evangelio, es indiscutible la dedicación, trato y acción

sanadora de Jesús, hasta el punto que hace de ello un signo visible de la presencia del Reino de Dios en medio de su Pueblo.

En su Mensaje para la Jornada Mundial de Enfermo, el **papa Francisco** citaba este año unas palabras del libro de Job refiriéndose la sabiduría del corazón: “Era yo los ojos del ciego y del cojo los pies” (29,15). La sabiduría del corazón es servir al hermano, es salir de sí hacia él, es ser solidarios con él sin juzgarlo. Decía el papa Francisco:

“Cuando la enfermedad, la soledad y la incapacidad predominan sobre nuestra vida de donación, la experiencia del dolor puede ser lugar privilegiado de la transmisión de la gracia y fuente para lograr y reforzar la sabiduría del corazón”.

Este “ser solidarios con el enfermo sin juzgarlo” es un presupuesto necesario para nuestro trabajo pastoral con ellos y con su entorno. Digo también “su entorno” porque nuestra acción solidaria no queda reducida al ámbito individual de atención, sino que se propone crear un “clima” favorable, de trato amable que sea expresión de una acogida quizá desacostumbrada. Si ello no es posible pensar en la posibilidad de evangelizar. Un sacerdote en un hospital no es aquel individuo que pasa por las salas o las habitaciones como si de un “negocio” exclusivo se tratara, subiendo y bajando ascensores o pateando corredores. La misión evangelizadora que la Iglesia nos confía supone relación, trato, tiempos largos, conversaciones, atención.

“Ser solidarios con el enfermo sin juzgarlo”, es empezar por la vía de ofrecer amistad a partir de mostrar interés por su persona, facilitando la conversación desde aquella fuerte dosis de escucha que contiene preocupación por su situación personal y familiar, comprendiendo

más que exhortando, nunca juzgando. Mirémoslo a la luz de lo que el papa Francisco nos propone para el Año de la Misericordia (y para siempre) ya que se trata de hacer este ejercicio desde aquella actitud de misericordia que Jesús pide de sus seguidores. Me llama la atención el tono que da a la peregrinación (MV 14) como actitud de “aquel peregrino que recorre su camino para conseguir la meta anhelada”.

Tomemos nuestra tarea pastoral en el hospital como un peregrinaje que recorre su camino, que se propone un itinerario para llegar a esta meta anhelada. “Que el peregrinaje sea estímulo para la conversión” -dice el Papa- lo cual significa “dejarnos abrazar por la misericordia de Dios y así comprometernos a ser misericordiosos con los demás como el Padre lo es con nosotros”.

“Ser solidarios con el enfermo sin juzgarlo”. A eso quiere llegar y hemos de llegar aplicando este principio de la misericordia que nos propone como actitud de conversión personal y pastoral. La propuesta nos viene del mismo Jesús:

“El Señor Jesús indica las etapas de la peregrinación mediante la cual es posible alcanzar esta meta: “No juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados; perdonad y seréis perdonados. Dad y se os dará: una medida buena, apretada, remecida, rebosante pondrán en el halda de vuestros vestidos. Porque seréis medidos con la medida que midáis” (Lc 6,37-38).

Dice, ante todo, no juzgar y no condenar. Si no se quiere incurrir en el juicio de Dios, nadie puede convertirse en el juez del propio hermano. Los hombres ciertamente con sus juicios se detienen en la superficie, mientras el Padre mira el interior. ¡Cuánto mal hacen las palabras cuando están motivadas por sentimientos

de celos y envidia! Hablar mal del propio hermano en su ausencia equivale a exponerlo al descrédito, a comprometer su reputación y a dejarlo a merced del chisme.

No juzgar y no condenar significa, en positivo, saber percibir lo que de bueno hay en cada persona y no permitir que deba sufrir por nuestro juicio parcial y por nuestra presunción de saberlo todo. Sin embargo, esto no es todavía suficiente para manifestar la misericordia.

Jesús pide también perdonar y dar. Ser instrumentos del perdón, porque hemos sido los primeros en haberlo recibido de Dios. Ser generosos con todos sabiendo que también Dios dispensa sobre nosotros su benevolencia con magnanimidad” (MV 14).

1/2

Salir de la propia comodidad y peregrinar hacia las periferias.

Esta forma de plantear nuestro itinerario pastoral es propio de una Iglesia en salida, como dice el papa Francisco, y muestra incluso un nuevo estilo, más cercano, más evangélico, más humano y humanizador.

Para nosotros, agentes de la pastoral hospitalaria y dentro del marco de la pastoral de la salud, Iglesia en salida significa abandonar ciertas inercias y comodidades, ciertos funcionarismos que nos deterioran personalmente, desdibujan nuestra opción evangélica y traicionan nuestra identidad de consagrados, de ungidos.

Iglesia en salida es un dinamismo interior que hay que asumir ya que “Dios quiere provocarlo en los creyentes” (EG 20). En cada uno de nosotros es siempre fruto de una llamada a esta nueva “salida misionera”. Por ello dice que

“Cada cristiano y cada comunidad discernirá cuál es el camino que el Señor le pide, pero todos somos invitados a aceptar este llamado: salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio” (íbid. 20).

Salir de la propia comodidad y peregrinar hacia las periferias, las que están ahí y las que nosotros mismos creamos. En el marco del hospital hay que atreverse a diagnosticar esta situación y no pasar de largo.

Quizá es la realidad que vivió aquel samaritano que se detuvo al ver alguien tirado en cuneta, herido. Ahí, está un fuerte reto que nos plantea serios interrogantes: ¿Hay alguien en la cuneta? ¿Cuál es mi actitud habitual: pararme o pasar de largo? ¿Qué hago cuando me paro? ¿Qué me dice mi conciencia cuando paso de largo? ¿Qué fuerza interior o motivo de fondo hace que me pare? Pienso en aquellas palabras de **Martin Luther King** comentando en una homilía sobre la parábola del buen Samaritano su actitud y la del sacerdote y el levita. Es cuestión de plantearse bien la pregunta ante el herido, ante el enfermo: ¿Qué me pasará a mí si le ayudo? ¿Qué le pasará a él si no le ayudo? ¡Es la alternativa! Ante la que hay que tomar una decisión que toma le lleno toda nuestra persona y no conoce horarios ni honorarios. Y en este sentido hablo de “pastoral hospitalaria” en el marco de la “pastoral eclesial” (diocesana).

1/3

Una misión configurada por la unción sacramental.

Refiriéndome especialmente a nosotros, diáconos, sacerdotes y obispos. Nuestra misión está configurada por la unción sacramental. Esto tiene un hondo calado.

Nuestra acción pastoral no es una mera función, no es un trabajo a horas, no está sujeto -en principio- ni a la exigencia de una remuneración económica que pueda añadir un plus a nuestros ingresos, una especie de sobresueldo añadido al que ya tenemos por nuestro ministerio en la diócesis.

¿Qué haríamos de nuestra tarea pastoral en el hospital si no dispusiéramos de remuneración económica? Hemos de estar preparados para ello y dispuestos a ejercer nuestro ministerio haciendo caso de Jesús que, como dice el **Evangelio de Marcos**,

“Llamó a los Doce y los fué enviando de dos en dos, dándoles autoridad sobre los espíritus inmundos. Les encargó que llevaran para el camino un bastón y nada más, pero ni pan, ni alforja, ni dinero suelto en la faja; que llevaran sandalias, pero no una túnica de repuesto [...] Ellos salieron a predicar la conversión, echaban muchos demonios, ungían con aceite a muchos enfermos y los curaban” (Mc 6,7-9.12-13).

Y qué claro aún lo dice en el discurso apostólico cuando -según el **evangelio de Mateo**- llama a los Doce discípulos (y pone los nombres de los Doce) y les da autoridad para curar toda enfermedad y toda dolencia y, además de otras instrucciones, les dice:

“Curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos arrojad demonios. Gratis habéis recibido, dad gratis. No os procuréis en la faja oro, plata ni cobre; ni tampoco alforja para el camino, ni dos túnicas, ni sandalias, ni bastón; bien merece el obrero su sustento” (Mt 10,8-10).

Y, además, unas instrucciones de estilo fácilmente aplicables:

“Cuando entréis en una ciudad o aldea, averiguad quien hay allí de confianza y quedaos en su casa hasta que os vayáis. Al entrar en una casa, saludadla con la paz; si la casa se lo merece, vuestra paz vendrá a ella. Si no se lo merece, la paz volverá a vosotros” (Mt 10,12-13).

Mateo añadirá las dificultades como la persecución, el rechazo, la detención, los azotes, el odio... Pero al mismo tiempo, destaca la llamada de Jesús a la plena confianza en Él:

“Cuando os entreguen, no os preocupéis de lo que vais a decir o cómo lo diréis: en aquel momento se os sugerirá lo que tenéis que decir, porque no seréis vosotros los que habléis, sino que el Espíritu de vuestro Padre hablará por vosotros” (cf. Mt 10,19-21).

Jesús dice reiteradamente “¡no tengáis miedo!” y acaba con esta afirmación contundente que toca en el corazón de nuestra decisión por Él:

“A quien se declare por mi ante los hombres, yo también me declararé por él ante mi Padre que está en los cielos. Y si uno me niega ante los hombres, yo también lo negaré ante mi Padre que está en los cielos” (Mt 10,32-33).

1/4

En el fondo, la pregunta de Jesús: “¿me quieres?”

En nuestra misión entre los enfermos, que la recibimos directamente de Jesús mediante su Iglesia, hará falta tener siempre muy claro a quién y a quiénes nos debemos. Como decía, es una misión que proviene de nuestro compromiso bautismal, diaconal, presbiteral y episcopal. Lo digo por la gracia recibida para ejercer este ministerio y para seguir recibéndola en la medida en que nos damos del todo con un amor que no es solo de correspondencia, sino oblativo. Jesús, a través de la persona enferma, nos está preguntando constantemente. “¿me quieres?”.

Deja la pregunta lanzada para que la respondamos. Ya sabemos cómo la responde Pedro hasta que Jesús se rebaja para identificarse con él. Pero aun así, le hace una llamada a que su forma de amar sea cada vez más llena de gratuidad y sentido oblativo. También ahí está el hecho de nuestra vulnerabilidad, que hay que aceptarla con humildad para que el Señor la transforme en fortaleza con sus dones (“no tengáis miedo, el Espíritu Santo estará a vuestro lado y dentro de vosotros, y hablará por vosotros”).

Todo ello pide nuestra conversión pastoral en la línea que el papa Francisco señala cuando habla de una impostergable renovación eclesial. Dice:

“Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación. La reforma de estructuras que exige la conversión pastoral sólo puede entenderse en este sentido: procurar

que todas ellas se vuelvan más misioneras, que la pastoral ordinaria en todas sus instancias sea más expansiva y abierta, que coloque a los agentes pastorales en constante actitud de salida y favorezca así la respuesta positiva de todos aquellos a quienes Jesús convoca a su amistad” (EG 27).

Ya **San Juan Pablo II**, se refería a ello haciendo una llamada vivir una espiritualidad de comunión que fuera la condición sine qua non para una organización eclesial que respondiera a las exigencias del Evangelio y del momento en que vivimos. Lo decía con esta fuerza:

“En fin, espiritualidad de la comunión es saber « dar espacio » al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros (cf. Ga 6,2) y rechazando las tentaciones egoístas que continuamente nos asechan y engendran competitividad, ganas de hacer carrera, desconfianza y envidias. No nos hagamos ilusiones: sin este camino espiritual, de poco servirían los instrumentos externos de la comunión. Se convertirían en medios sin alma, máscaras de comunión más que sus modos de expresión y crecimiento” (NMI 43).

Estas convicciones han de estar a la base de cualquier acción pastoral y piden esta conversión personal que nos hace situar ante el otro de una forma totalmente nueva, como alguien que me pertenece, algo mío que yo amo y a quien ayudo en su situación. Hablemos o no hablemos de Dios.

Benedicto XVI lo dice de forma muy clara en su encíclica **Deus caritas** est cuando hablando del perfil específico de la actividad caritativa de la Iglesia valora la importancia de la competencia profesional a la que ve como primer

requisito para atender a la persona necesitada (enferma), pero insiste en que los seres humanos necesitan siempre algo más que una atención sólo técnicamente correcta. Necesitan -dice- “**humanidad**”, atención cordial, una atención que salga del corazón para que el otro experimente su riqueza de humanidad.

“Por eso, dichos agentes, además de la preparación profesional, necesitan también y sobre todo una « formación del corazón »: se les ha de guiar hacia ese encuentro con Dios en Cristo, que suscite en ellos el amor y abra su espíritu al otro, de modo que, para ellos, el amor al prójimo ya no sea un mandamiento por así decir impuesto desde fuera, sino una consecuencia que se desprende de su fe, la cual actúa por la caridad (cf. Ga 5, 6)” (DCE 31a).

Sin embargo, lo más puede ayudarnos a la hora de estar al lado de los que sufren es atender su propia singularidad. Dice el mismo texto de Deus caritas est que

“A un mundo mejor se contribuye solamente haciendo el bien ahora y en primera persona, con pasión y donde sea posible, independientemente de estrategias y programas de partido. El programa del cristiano -el programa del buen Samaritano, el programa de Jesús- es un «corazón que ve». Este corazón ve dónde se necesita amor y actúa en consecuencia. Obviamente, cuando la actividad caritativa es asumida por la Iglesia como iniciativa comunitaria, a la espontaneidad del individuo debe añadirse también la programación, la previsión, la colaboración con otras instituciones similares” (DCE 31b).

No somos el centro de nuestro trabajo pastoral, el centro es Él, Jesús y los enfermos en quienes lo vemos presente

Y otro aspecto a destacar en este nuestro peregrinaje. El momento del anuncio. Hemos dicho muchas veces que son los pobres los que nos evangelizan, en nuestro caso los enfermos. Pero, ¿y nosotros? ¿Cómo les evangelizamos? Dice en papa Benedicto que

“Quien ejerce la caridad en nombre de la Iglesia nunca tratará de imponer a los demás la fe de la Iglesia. Es consciente de que el amor, en su pureza y gratuidad, es el mejor testimonio del Dios en el que creemos y que nos impulsa a amar.

El cristiano sabe cuándo es tiempo de hablar de Dios y cuándo es oportuno callar sobre Él, dejando que hable sólo el amor. Sabe que Dios es amor (1Jn 4, 8) y que se hace presente justo en los momentos en que no se hace más que amar. Y, sabe -volviendo a las preguntas de antes- que el desprecio del amor es vilipendio de Dios y del hombre, es el intento de prescindir de Dios. En consecuencia, la mejor defensa de Dios y del hombre consiste precisamente en el amor. Las organizaciones caritativas de la Iglesia tienen el cometido de reforzar esta conciencia en sus propios miembros, de modo que a través de su actuación -así como por su hablar, su silencio, su ejemplo- sean testigos creíbles de Cristo” (DCE 31c).

1/5

Ungidos, como Jesús, y enviados a los enfermos.

He dicho antes lo de la “**unción**” sacramental porque a través de ella y lo que conlleva de **santificación** y de **incorporación** a la Iglesia como pertenencia al Pueblo de Dios, al Cuerpo de Cristo y al Templo del Espíritu

(**según el Concilio Vaticano II, LG**), podemos ejercer nuestro ministerio entre los más necesitados, los más pobres, entre los enfermos, y ser buenos samaritanos en el ejercicio diario de nuestra labor hospitalaria. Hay una razón de fondo, y es que participamos del mismo sacerdocio de Cristo que es el “**Ungido**” y, además se define como tal. Lo, proclama en la Sinagoga de Nazaret citando el profeta Isaías y leyendo él mismo las Escrituras:

“Jesús fue a Nazaret, al pueblo donde se había criado. Un sábado entró en la sinagoga, como era su costumbre, y se puso en pie para leer las Escrituras. Le dieron a leer el libro del profeta Isaías, y al abrirlo encontró el lugar donde estaba escrito:

“El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido-consagrado para llevar la buena noticia a los pobres; me ha enviado a anunciar libertad a los presos y a dar vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a anunciar el año favorable del Señor.”

Luego Jesús cerró el libro, lo dio al ayudante de la sinagoga y se sentó. Todos los presentes le miraban atentamente. Él comenzó a hablar, diciendo: -Hoy mismo se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros. Todos hablaban bien de Jesús y estaban admirados de la belleza de su palabra” (Lc 4,16-21).

Esta “**unción**” de la que participamos es la que da identidad y estilo de vida a nuestro ministerio hospitalario.

No somos el centro de nuestro trabajo pastoral, el centro es Él, Jesús y los enfermos en quienes lo vemos presente. Una “**unción**” que -con palabras del **papa Francisco**-

“Es para los pobres, para los cautivos,
para los enfermos, para los que están
tristes y solos. La unción, queridos
hermanos, no es para perfumarnos
a nosotros mismos, ni mucho menos
para que la guardemos en un frasco,
ya que se pondría rancio el aceite...
y amargo el corazón”
(de la homilía d la Misa Crismal 2013).

Ha de quedar claro que nuestra “**unción**” es para
los enfermos, no para perfumarnos a nosotros
mismos.

Esto nos llevaría a un serio problema que el
papa Francisco apunta en la EG y al que dedica
largos párrafos por la gravedad y dificultad que
supone para el ejercicio del ministerio.

Es lo que él mismo llama la “**mundanidad
espiritual**”, una manera sutil de buscar los propios
intereses y no los de Cristo (**FI 2,21**), algo

“Que se esconde detrás de apariencias
de religiosidad e incluso de amor a
la Iglesia, es buscar, en lugar de la
gloria del Señor, la gloria humana
y el bienestar personal” (EG 93).

Dice con mucha claridad que

“En todos los casos, no lleva el sello
de Cristo encarnado, crucificado y
resucitado, se encierra en grupos elitistas,
no sale realmente a buscar a los perdidos
ni a las inmensas multitudes sedientas
de Cristo. Ya no hay fervor evangélico,
sino el disfrute espurio de una
autocomplacencia egocéntrica” (EG 95).

Nuestra conversión pastoral, que sigue a la
conversión personal ha de contar con el ejemplo
de Jesús, que tiene sus preferencias, y concretarse
en unas prioridades pastorales. Esto afecta
la opción pastoral de fondo de una Diócesis
y condiciona totalmente que todos los que la
forman se decidan por uno u otros caminos. La
pastoral hospitalaria participa y expresión de
la pastoral diocesana. Y también viceversa, la
pastoral diocesana deberá nutrirse de la calidad
de la pastoral hospitalaria en cuanto presencia en
la periferia de la enfermedad y si realmente ésta
se parece a Jesús en su trato con los enfermos.

2/

Los enfermos, una prioridad pastoral.

Un día (¿un fin de semana?) en la vida de Jesús.
Su plena dedicación.

Mc 1, 14-45 (entre muchos textos que podríamos
escoger).

- **Jesús comienza su trabajo en Galilea
(Mt 4.12-17; Lc 4.14-15).**

Después que metieron a Juan en la cárcel, Jesús
fue a Galilea a anunciar las buenas noticias de
parte de Dios. Decía: “**Ha llegado el tiempo,
y el reino de Dios está cerca. Volveos a Dios y
aceptad con fe sus buenas noticias.**”

- **Jesús llama a cuatro pescadores
(Mt 4.18-22; Lc 5.1-11).**

Paseaba Jesús por la orilla del lago de Galilea,
cuando vio a Simón y a su hermano Andrés.
Eran pescadores y estaban echando la red al agua.
Les dijo Jesús: -Seguidme, y os haré pescadores
de hombres. Al momento dejaron sus redes y

se fueron con él. Un poco más adelante, Jesús
vio a Santiago y a su hermano Juan, hijos de
Zebedeo, que estaban en una barca reparando
las redes. Al punto Jesús los llamó, y ellos,
dejando a su padre Zebedeo en la barca con sus
ayudantes, se fueron con Jesús.

- **Un hombre que tenía un espíritu impuro
(Lc 4.31-37).**

Llegaron a Cafarnaúm, y el sábado entró Jesús
en la sinagoga y comenzó a enseñar. La gente se
admiraba de cómo les enseñaba, porque lo hacía
con plena autoridad y no como los maestros de
la ley. En la sinagoga del pueblo, un hombre
que tenía un espíritu impuro gritó: -¿Por qué te
metes con nosotros, Jesús de Nazaret?

¿Has venido a destruirnos? Yo te conozco.
¡Sé que eres el Santo de Dios! Jesús reprendió
a aquel espíritu, diciéndole: -¡Cállate y sal de
este hombre! El espíritu impuro sacudió con
violencia al hombre, y gritando con gran fuerza
salió de él. Todos se asustaron y se preguntaban
unos a otros: -¿Qué es esto? ¡Enseña de una
manera nueva y con plena autoridad! ¡Hasta a
los espíritus impuros da órdenes, y le obedecen!
Muy pronto, la fama de Jesús se extendió por
toda la región de Galilea.

- **Jesús sana a la suegra de Simón Pedro
(Mt 8.14-15; Lc 4.38-39).**

Cuando salieron de la sinagoga, Jesús fue con
Santiago y Juan a casa de Simón y Andrés.
La suegra de Simón estaba en cama, con fiebre.
Se lo dijeron a Jesús, y él se acercó, la tomó de
la mano y la levantó. Al momento se le quitó
la fiebre y se puso a atenderlos.

- **Jesús sana a muchos enfermos
(Mt 8.16-17; Lc 4.40-41).**

Al anochecer, cuando ya se había puesto el
sol, llevaron ante Jesús a todos los enfermos y
endemoniados, y el pueblo entero se reunió a la
puerta. Jesús sanó de toda clase de enfermedades
a mucha gente y expulsó a muchos demonios;

pero no dejaba hablar a los demonios, porque
ellos le conocían.

- **Jesús anuncia el mensaje en las sinagogas
(Lc 4.42-44).**

De madrugada, cuando todavía estaba oscuro,
Jesús se levantó y salió de la ciudad para ir a orar
a un lugar apartado. Simón y sus compañeros
fueron en busca de Jesús, y cuando lo encontraron
le dijeron: -Todos te están buscando. Él les
contestó: -Vayamos a otros lugares cercanos a
anunciar también allí el mensaje, porque para
esto he salido. Así que Jesús andaba por toda
Galilea anunciando el mensaje en las sinagogas
de cada lugar y expulsando a los demonios.

- **Jesús sana a un leproso
(Mt 8.1-4; Lc 5.12-16)**

Un hombre enfermo de lepra se acercó a Jesús,
y poniéndose de rodillas le dijo: -Si quieres,
puedes limpiarme de mi enfermedad. Jesús
tuvo compasión de él, le tocó con la mano y
dijo: -Quiero. ¡Queda limpio! Al momento se le
quitó la lepra y quedó limpio. Jesús lo despidió
en seguida, recomendándole mucho: -Mira, no
se lo digas a nadie.

Pero ve, preséntate al sacerdote y lleva por tu
purificación la ofrenda ordenada por Moisés;
así sabrán todos que ya estás limpio de tu
enfermedad. Sin embargo, en cuanto se fue,
comenzó a contar a todos lo que había pasado.
Por eso, Jesús ya no podía entrar abiertamente
en ningún pueblo, sino que se quedaba fuera,
en lugares donde no había nadie; pero de todas
partes acudían a verle.

- ¿A quién dedica más tiempo Jesús? ¿Adivinamos
algo de sus preferencias?

- ¿Con qué detalles se acerca a la gente que le
busca? ¿Cuál es su intención?

- ¿Tiene algún plan, algún proyecto “pastoral”?

El programa de vida se lo hace cada uno.

Con toda libertad, pero con fidelidad. Fidelidad a uno mismo, a Dios en la persona de Jesús, a la Iglesia, comunidad a la que uno pertenece y a la que se hace disponible por causa del Reino de Dios.

En el corazón de todo ello, el Evangelio: Persona y Palabra. ¿Qué hace y qué dice Jesús? Éste es nuestro referente fundamental a la hora de plantear las prioridades pastorales en nuestra vida de presbíteros y de futuros presbíteros.

Sin embargo, no sólo hacemos éste planteamiento a partir de este referente fundamental, que es el más importante, sino que lo hacemos desde nuestra “encarnación” en la realidad humana y social a la que hay que llevar la persona y el mensaje de Jesús.

Kart Barth hablaba de la Biblia y el periódico como los dos elementos que configuran la visión cristiana de la realidad y el punto de partida de nuestra actuación pastoral sobre ella. De ahí se deducen muchas consecuencias y todo un estilo de vida en nosotros, los cristianos y, en especial, los presbíteros. Son dos atenciones insustituibles en nuestra vida y que la configuran y la definen totalmente.

Por ello, es importante que desde un principio y ya en tiempos de preparación al presbiterado, no sólo hagamos previsión de un determinado estilo de vida, sino que ya lo vivamos. El Orden Sacerdotal nos configurará a Cristo “Cabeza” mediante el don del sacramento. Todo lo que hayamos anticipado a nivel de convicciones y experiencia es ya terreno en el que la semilla del Evangelio encuentra su lugar adecuado.

Esta formulación nos hace ver la necesidad de una espiritualidad encarnada en la realidad de las personas a las que hay que servir y para las que hay que dar la vida, como dice Jesús el Evangelio (diálogo de los hijos de Zebedeo y parábola del Buen Pastor) como propuesta de servicio incondicional y de disponibilidad total. Por ahí entendería el valor de la pobreza evangélica, del celibato por el Reino de Dios

y la obediencia como corresponsabilidad en la acción pastoral.

Os propongo, por lo tanto, esta reflexión: primero, conocer directamente lo que dice y hace Jesús, y, segundo, conocer la realidad que le rodea y en la que se encarna.

2/1

Qué dice y qué hace Jesús.

Siendo concretos, quiero partir de un texto fundamental a la hora de hablar de “prioridades en la pastoral”: **Mt 25,31-46** (parábola del Juicio final). Fijémonos en todo el contexto y lo que dice el texto:



“Cuando venga el Hijo del hombre rodeado de esplendor y de todos los ángeles, se sentará en su trono glorioso. Todas las naciones se reunirán delante de él, y él separará a unos de otros como el pastor separa las ovejas de las cabras. Pondrá las ovejas a su derecha y las cabras a su izquierda.

Y dirá el Rey a los de su derecha: ‘Venid vosotros, los que mi Padre ha bendecido: recibid el reino que se os ha preparado desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me recibisteis, anduve sin ropa y me vestisteis, caí enfermo y me visitasteis, estuve en la cárcel y vinisteis a verme.’

Entonces los justos preguntarán: ‘Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer, o sediento y te dimos de beber? ¿O cuándo te vimos forastero y te recibimos, o falto de ropa y te vestimos? ¿O cuándo te vimos enfermo o en la cárcel, y fuimos a verte?’ El Rey les contestará: ‘Os aseguro que

todo lo que hicisteis por uno de estos hermanos míos más humildes, por mí mismo lo hicisteis.’

“Luego dirá el Rey a los de su izquierda: ‘Apartaos de mí, malditos: id al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de beber, fui forastero y no me recibisteis, anduve sin ropa y no me vestisteis, caí enfermo y estuve en la cárcel, y no me visitasteis.’

Entonces ellos preguntarán: ‘Señor, ¿cuándo te vimos con hambre o con sed, o forastero o falto de ropa, o enfermo o en la cárcel, y no te ayudamos? El Rey les contestará: ‘Os aseguro que todo lo que no hicisteis por una de estas personas más humildes, tampoco por mí lo hicisteis. Estos irán al castigo eterno, y los justos, a la vida eterna.”

Un texto programático, de telón de fondo. La identificación de Jesús con determinadas personas y todos los que se encuentran en situación de precariedad es una propuesta con nuestra opción pastoral de identificación:



“En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis” (v. 40).

Sin embargo, está también la otra cara de la moneda con la contundente respuesta:



“En verdad os digo que cuanto dejasteis de hacer con uno de estos más pequeños, también conmigo dejasteis de hacerlo” (v. 45).

La relación con los más necesitados pone en evidencia cuál es nuestra relación con Jesús y es su medida inequívoca. Un termómetro que no falla.

Una cuestión, por tanto, de sinceridad, de fidelidad, de gozo, de coherencia con la palabra dada desde nuestra vocación cristiana y la que vais a dar desde vuestro ministerio sacerdotal.

2/2

A la luz de Jesús, ¿qué propone la comunidad cristiana?

La primera comunidad cristiana entendió correctamente la necesidad de esta coherencia que da credibilidad al testimonio de los seguidores de Jesús:

- El respeto debido a los pobres (**St 2,1-6**)
- La fe y las obras, en plena unidad (**St 2,14-20**),
- El amor a Dios verificado en el amor al hermano (**1Jn 4,7-21**).

2/3

La necesaria unidad de vida en nuestro ministerio.

Estamos ante una condición indispensable para todo planteamiento vocacional en relación con el ministerio sacerdotal. Más, si este ministerio se dirige a las preferencias de Jesús. Me remito a la reflexión que hace el **cardenal Carlo M. Martini** cuando dice lo que significa en concreto “unidad de vida”:

- Equilibrio entre oración y acción, teoría y praxis, sentimientos y palabras, trabajo y descanso, relaciones de funcionamiento y relaciones de amistad, trabajo manual y trabajo mental (y muchas otras cosas).

- El equilibrio va unido por la complementariedad: no por una parte la oración y por otra la acción, por una parte el estudio y por otra el trabajo, sino complementación y acción. Integración entre los varios momentos de la vida.
- Unidad de inspiración.
- Organización de las partes. Conocemos bien los daños que se derivan de la falta de esa unidad de vida (ansiedad, descontentos de lo que se hace, lo accidental hace olvidar lo realmente necesario). En cambio las ventajas nos las dice **PO 14**: “Obrando así, los presbíteros hallarán la unidad de la propia vida en la misma unidad de la misión de la Iglesia, y de esta suerte se unirán con el Señor, y por Él con el Padre en el Espíritu Santo, a fin de llenarse de consuelo y de rebotar de gozo”.

La unidad de vida es fuente también de salud física, de resistencia en el trabajo. Por el contrario, un desequilibrio es fuente de agotamiento, desgana, aburrimiento, incapacidad para descansar y dormir.

Para entrar en la reflexión central de las **prioridades pastorales desde la contemplación de Jesús**, lo que decía y lo que hacía, es útil responder a dos preguntas;

- **primera:** ¿Qué uso hacía Jesús de su tiempo?
- **segunda:** ¿Cuáles son nuestras señales del mal uso de nuestro tiempo?

2/4

¿Qué uso hacía Jesús de su tiempo?
¿A quién y a qué se dedica?

Por aquí llegaremos a las prioridades de Jesús. Jesús tiene una idea clarísima acerca del uso que debía hacer de su tiempo; no lo usaba de manera casual:

- **Mt 15,22-28:** el trato que da a la mujer cananea.
- **Jn 4, 1-42:** diálogo con la samaritana y con sus discípulos:
- **Jn 6, 25-59:** largo diálogo con la gente

Jesús tiene un plan de acción, no es esclavo de las circunstancias, tiene muy claras sus prioridades y el mensaje que ha de transmitir. Hay un estilo pastoral que le identifica y le define. Sin embargo, no es rígido, no es inflexible, sino todo lo contrario de tantos otros que, precisamente porque dicen que tienen las ideas claras, son duros e inaccesibles. Su corazón, con las ideas muy claras, está siempre abierto (**cf. Mt 15,25-28:** Jesús accede a la petición de una mujer: “qué grande es tu fe, que te suceda como deseas”)

Hemos contemplado, desde el Evangelio de Marcos (**1,16 -3,12**), qué hace Jesús a lo largo de un día. Saquemos consecuencias. Oración, predicación, atención a enfermos (lo más significativo), estar con los amigos, enfermos de nuevo, soledad-silencio-oración...

La opción que proyecta es la de una Iglesia en salida que se decide por los pobres y toma la decisión irrevocable de ir allá donde están. En nuestro caso, el de la pastoral son los enfermos y el lugar es el hospital, la residencia, también la casa... No es la acción de un “oficio”, ni -como ya he dicho- que cumple con el requisito de unas horas. La pastoral de la Iglesia no conoce límites de horarios ni dedicación. Trabajamos a todo terreno, tenemos iniciativa, nos involucramos, acompañamos y llevamos un mensaje de amistad y de esperanza que queremos comunicar y compartir. Es especialmente iluminador lo que dice el papa Francisco cuando detalla lo que es esta Iglesia en salida: **EG 24**.

2/5

Las prioridades pastorales de Jesús.

- 1. La primera prioridad de Jesús son los enfermos.** Jesús dedica mucho tiempo a los

Trabajamos a todo terreno, tenemos iniciativa, nos involucramos, acompañamos y llevamos un mensaje de amistad y de esperanza que queremos comunicar y compartir

enfermos y a los pobres y no sucede jamás que se niegue a acercarse a ellos y no los atiende y cure por falta de tiempo. **Enfermos y pobres:** una prioridad pastoral real.

- 2. La segunda prioridad de Jesús es la predicación del Reino:** mediante la palabra y el estilo de vida. Pensemos ocasiones, situaciones posibles a lo largo de un día. Presencia “religiosa”, presencia “secular”.
- 3. La tercera prioridad de Jesús es el encuentro y la conversación con las personas.** Jesús tiene predilección por la relación pastoral primaria del encuentro directo. Jesús era visto y conocido como uno que habla con la gente: **Mc 2,13-17**.
- 4. La cuarta prioridad de Jesús es la oración.** Se retiraba a orar (**Lc 6,12-16**), tiempos largos y acompasados con la acción. Especialmente antes de tomar decisiones importantes.

“Por aquellos días, Jesús se fue a un cerro a orar, y pasó toda la noche orando a Dios. Cuando se hizo de día, reunió a sus discípulos y escogió a doce de ellos, a los cuales llamó apóstoles. Estos fueron: Simón, a quien puso también el nombre de Pedro; Andrés, hermano de Simón; Santiago, Juan, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Santiago hijo de Alfeo; Simón el celote, Judas, hijo de Santiago, y Judas Iscariote, que traicionó a Jesús”.

- 5. La quinta prioridad de Jesús es estar con los amigos, el cultivo de la amistad.** El tiempo que dedica a sus colaboradores inmediatos. Es una opción muy importante desde el punto de vista pastoral (ayuda a que se llegue a muchos más que si uno lo acapara todo...). Hay que optar por una pastoral que ofrece amistad.

Esta reflexión nos plantea muchas cosas, no tanto de organización cuanto de estilo de vida personal y actitudes pastorales. Hay que trabajarlo Evangelio en mano. Será el trabajo personal que ha de hacer cada uno con un este mismo esquema que es muy sencillo. Lo que haga y descubra cada uno es muy importante: habrá ido al Evangelio.

Luego lo analizaremos desde nuestra realidad pastoral. En el fondo, y desde una actitud de conversión, hemos de preguntarnos: Ahora, ¿cuáles son mis prioridades? ¿Pensemos que éstas no cambian de la noche a la mañana!

2/6

La raíz de nuestras prioridades:
la caridad pastoral.

Podemos ver la trascendencia de estas palabras. Jesús quiere que su caridad pastoral sea vivida también por todos los presbíteros y todas aquellas personas que ejercen un ministerio pastoral en la Iglesia.

Aquí hay una propuesta firme de la Iglesia que hemos de acoger con el mayor gozo y responsabilidad para hacer un trabajo bien hecho.

En el conocido texto de Ezequiel sobre los pastores de Israel podemos sentirnos muy interpelados: “¡Ay de los pastores que se apacientan a sí mismos! ¿No deben acaso apacentar el rebaño?” (**Ez 34, 2**). ¿Qué le sucede a este rebaño?

- Que sus pastores no se ocupan de él y ha sido expuesto al pillaje,
- Que sus pastores se han aprovechado en beneficio propio,
- Que sus pastores no han fortalecido las ovejas débiles, ni han cuidado a la enferma ni curado a la que estaba herida,

- Que sus pastores no han tornado a la descarriada ni buscado a la perdida,
- Que sus pastores han dispersado a las ovejas y las han convertido en presa de todas las bestias del campo...

“Mi rebaño anda disperso por toda la superficie de la tierra, sin que nadie se ocupe de él ni salga a su encuentro” (Ez 34, 6b).

Ante el modo de actuar de estos pastores, y abriendo camino hacia una nueva realidad el deseo de Dios expresado por Jeremías “os daré pastores según mi corazón” (Jr 3,15) Jesús se ofrece a sí mismo como Buen Pastor: “Yo soy el Buen Pastor” (Jn 10,7-21).

3/

La caridad pastoral nos identifica y nos unifica en un mismo proyecto.

Jesús conoce las ovejas, camina delante de ellas, él mismo es la puerta y las acompaña siempre, les proporciona buenos pastos, las defiende y protege en los momentos difíciles, las ovejas escuchan y entienden su voz, no actúa nunca como un asalariado, está dispuesto a dar la vida por las ovejas..., porque “ha venido para que tengan vida y la tengan en abundancia” (cf. Jn 10,10).

La vida de Jesús es una realización diaria de su “caridad pastoral”. Siente compasión de las gentes, porque están cansadas y abatidas

como ovejas sin pastor. La entrega de Cristo a la Iglesia, fruto de su amor, se caracteriza por aquella entrega originaria que es propia del esposo hacia su esposa. El sacerdote está llamado a ser imagen viva de Jesucristo Esposo de la Iglesia.

“En cuanto representa a Cristo Cabeza, Pastor y Esposo de la Iglesia, el sacerdote está no sólo en la Iglesia, sino también al frente de la Iglesia. Por tanto, está llamado a revivir en su vida espiritual el amor de Cristo esposo con la Iglesia esposa. Su vida debe estar iluminada y orientada también por este rasgo sponsal, que le pide ser testigo del amor de Cristo como esposo y, por eso, ser capaz de amar a la gente con un corazón nuevo, grande y puro, con auténtica renuncia de sí mismo, con entrega total, continua y fiel, y a la vez con una especie de “celo” divino (cf. 2Co 11, 2), con una ternura que asume incluso matices del cariño materno, capaz de hacerse cargo de los “dolores de parto” hasta que “Cristo no sea formado” en los fieles (cf. Gal 4,19).

La “caridad pastoral” nos identifica y nos unifica. Por ello la entendemos como la razón de ser de nuestra identidad ministerial y como el dinamismo interior que nos produce el gozo del servicio pastoral.

Me remito a **PdV 23**, para mí, carné de identidad y cuaderno de ruta para nuestra vida de presbíteros que se esfuerzan y luchan por hacer de la Palabra, Vida y de su vocación, entrega incondicional y radical a Cristo y a los demás. Lo resumo en estos puntos que nos identifican y nos envían a ser “alter Christus” en medio de nuestras ambientes:

- **Caridad pastoral** como principio interior que anima y guía nuestra vida espiritual en

cuanto configurados con Cristo, Cabeza y Pastor,

- **Caridad pastoral** como participación de la misma caridad pastoral de Jesucristo,

- **Caridad pastoral** como don del Espíritu Santo, y a la vez, deber y llamada a ser respuesta libre y responsable,

- **Caridad pastoral** como donación total de sí a la Iglesia, compartiendo el don de sí y a su imagen,

- **Caridad pastoral** que caracteriza el ejercicio del ministerio sacerdotal como “officium amoris” (San Agustín),

- **Caridad pastoral** que no tiene límites ya que está marcado por la misma fuerza apostólica y misionera de Cristo, el buen Pastor que ha dicho que “tiene otras ovejas que no son de este redil, a las que ha de conducir para que escuchen su voz y haya un solo rebaño y un solo pastor” (cf. Jn 10, 16),

- **Caridad pastoral** que pide, para no correr en vano, trabajar constantemente los vínculos de comunión con el obispo y los otros hermanos en el sacerdocio (**PO 14**),

- **Caridad pastoral** que tiene su fuente específica en el sacramento del Orden como don y encuentra su expresión plena y su alimento supremo en la Eucaristía, ya que de ella recibe la gracia y la responsabilidad de impregnar de manera “sacrificial” toda su existencia, hasta proyectarla como oblación hacia los demás.

- **Caridad pastoral** que constituye el principio interior y dinámico capaz de unificar las múltiples y diversas actividades del sacerdote. De ahí la exigencia esencial y permanente de unidad de vida interior y tantas tareas y responsabilidades del ministerio, exigencia tanto más urgente en un contexto sociocultural y eclesial fuertemente marcado

por la complejidad, la perplejidad, la fragmentación y la dispersión. “Solamente la concentración de cada instante y de cada gesto en torno a la opción fundamental y determinante de “dar la vida por la grey” puede garantizar esta unidad vital, indispensable para la armonía y el equilibrio vital del sacerdote”

Como podemos ver, las prioridades pastorales no pueden ser nunca el resultado de los gustos personales, sino la expresión coherente del mismo misterio que se realiza en el ministro ordenado, por la unción y la misión recibidas, por su íntima unión a Cristo y a la Iglesia, ya que lo hace todo en su nombre.

Si la primera prioridad es la acogida, atención y acompañamiento de las personas, y entre ellos las más necesitadas, como son los enfermos, éste ya es un signo de que el Reino de Dios está presente entre nosotros y una indiscutible obra de misericordia. Éste es el objetivo de la pastoral hospitalaria.